



ARTE

Isidro Antequera: autorretrato y paisaje

José Corredor Matheos



"Otero desde el Molino" 1992. Oleo sobre lienzo 63x45 cms.



Centro de Estudios
de Castilla-La Mancha

"Cerro de la Horca" 1950. Oleo sobre lienzo

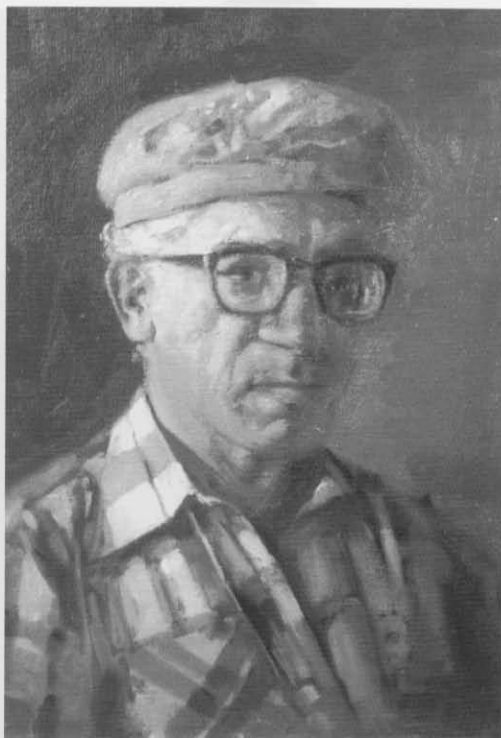
Cada uno de nosotros debería pintar o escribir sobre aquello que ya conocemos profundamente. Isidro Antequera lo hace sobre los campos y tipos de La Mancha y sabe transmitirnos su espíritu con una plástica profunda, sentida, lúcida. Este conocer hondamente su propia tierra le ha permitido apreciar, en sus viajes por Extremadura, Cantabria, Andalucía, Cataluña e Italia, la profundidad de otros paisajes, y hacerlos también suyos. Igualmente, extraordinario retratista, nos da de sus personajes tanto lo que nos dejan ver de sí mismos como aquello que querían ocultar.

En sus paisajes, las figuras son inseparables de unos campos y unos cielos determinados, como ha ocurrido en el mundo llamado real hasta hace pocas décadas, ya que, en la actualidad, el paisaje tiende a ser único,

y más semejantes entre sí, cada día, los seres que lo pueblan. Al menos, en apariencia, ya que si levantamos las primeras capas comprobamos que los cambios tardan en calar y transformar pueblos e individuos.

La pintura de Isidro Antequera encontró muy pronto la manera que le sería propia. Hay cuadros de la segunda mitad de los años cuarenta que anticipan la manera que le caracterizará en las décadas siguientes. Y en 1950 pinta cuadros de tan excelente factura como *Cerro de la Horca* y *Paisaje de Jarandilla*. Visiones serenas, armónicas, con la majestuosidad de los campos manchegos.

El color, a lo largo de su producción, es entonado, y de los cuadros emanará, como en la mejor pintura, cierto resplandor. En él podemos descubrir el *sentido* de la obra, que revela lo más profundo, resultado de un fundido de elementos y niveles y que confiere a la obra su unidad. En paisajes y en vistas de pueblos y calles, como continuación de la tierra, predominan los ocres, tonos terrosos y pardos, el verde de los árboles y de las cepas, con el blanco de la cal y los azules del cielo. Lo mismo podemos decir de los personajes, con los mismos colores y tonos, integrado todo cromáticamente, evidenciando esa integración en el mundo real. De



"Autorretrato" 1988. Oleo sobre lienzo 52x42 cms.

pronto, en *Paisaje de Río Záncara*, puede aparecer también, en medio de amarillos, el rojo de las amapolas.

La dura y tierna luz de La Mancha mezcla colores y diferentes tonos y los funde, y cada cuadro nos produce una sensación única. La fiesta de los toros se presta a la variedad y viveza de los colores, y en sus obras sobre este tema, rojos, oros, azules y verdes destacan, saltando hacia nosotros desde el fondo de tostados, grises y ocres, que recogen los distintos tonos que crea la luz sobre los tendidos.

Cuando el pintor se traslade a la gran ciudad, al tiempo que las formas puedan abarrocarse, los colores variarán y se avivarán, en fechas tan alejadas como la de *Rincón histórico madrileño* (1961) y *Sol del oeste* (1987). Colores fuertes y vivos lo encontraremos también en la marina *Dique de Santander* (1956), recordándonos la conveniencia de su intensidad para que las

embarcaciones sean más visibles en situaciones nubosas. En general se apreciará cierto avivamiento cromático, que en 1990 nos dará un *Supuesto infinito*, en el que la recta de una carretera manchega se pierde en el horizonte y las tierras y los azules se oscurecen, con un dramatismo que más parece de ocaso que de amanecer. Este curioso cuadro es de un expresionismo con fuerte carga simbolista, como manifiesta el mismo título.

Un óleo sobre tabla muy temprano, de 1945, titulado *Calle de La Solana*, corresponde a la calle del pueblo natal del pintor llamada Cristo del Valle, del que el artista ha hecho notar su carácter singular en la historia local de los años treinta. Las vistas urbanas, como los paisajes, irán variando, madurarán, se harán más densos y penetrantes, pero mantendrán los rasgos esenciales. Se quiere ser fiel a la realidad, tal como la vemos en la vida cotidiana, sólo que levantando velos, como hiciera el Diablo Cojuelo con las casas de Madrid, para ver lo que nos ocultan. Y lo que ocultan no es la vida íntima de los vecinos, sino su verdadera presencia, expresada plásticamente.

En *Ídolo criptano* (1980), con un pueblo al fondo, en medio de la llanura manchega, vemos un desnudo de mujer

RESUMEN:

Realismo con gran fuerza cromática, cierto expresionismo o realismo manchego son algunos de los calificativos que se han aplicado a la abundante obra pictórica de Isidro Antequera (*La Solana*, Ciudad Real, 1926). Una pintura que nos ofrece parte del alma de una tierra (sus colores, sus cielos, sus paisajes y sus gentes), y que es analizada con cariño en este trabajo por uno de sus grandes conocedores, el crítico de arte y poeta, también manchego, José Corredor Matheos.

extendido sobre el fondo del cielo y, en segundo plano, y tras él, a tres caballeros que cabalgan, escudo y lanza en ristre. Constituye un tema al pronto sorprendente, aunque no debería sorprendernos. Esta tierra y sus gentes están, limpiamente, desnudas, entre la tierra y el cielo. Mientras aceptan esta situación son realistas, austeros, sobrios. Pero es destino del hombre rebelarse, aunque no pueda mantenerse siempre en el estado de rebeldía. Y, al igual que es tan malo integrarse totalmente en la sociedad como hallarse siempre y en todo al margen de ella, el hombre manchego hace saltar los plomos y salta él mismo fuera del paisaje. Y sale lo que sale.

Para qué voy a recordar andanzas de todos conocidos. No sólo del Famoso Caballero: escritores, pintores y otros creadores, y hasta todo habitante consciente, entra en determinado momento en estado de delirio. Y ve: ve lo que veía, pero no sabía que veía. Es cuando Francisco Nieva escribe el teatro que escribe, Antonio López pinta paisajes tan reales que resultan irreales, porque la realidad estalla en ellos, Ángel Crespo escribe poemas donde se abre al misterio de la trascendencia, e Isidro Antequera, que ha sabido ver desde dentro los modelos de sus paisajes, figuras y bodegones, incluido él mismo, en sus autorretratos, pinta este paisaje de *Idolo criptano*, con desnudo de mujer y caballeros que vuelan por los aires, como debe ser.

Paisajes, vistas urbanas y bodegones tienen siempre, en la mejor pintura, carácter fisionómico. La realidad es inseparable del contemplador, y en este caso del verdadero creador, que en el momento de la creación es capaz de contemplar directamente lo real como una unidad, de la que forma parte. De acuerdo con ello, algunos físicos especialmente lúcidos, afirman que lo que vemos al mirar por los microscopios y otros aparatos de observación es nuestro propio rostro. Y si todo retrato es, por ello, autorretrato, cada uno de los cuadros de los restantes géneros reflejan el rostro del autor. Así, Isidro Antequera, cuando pintó con sabrosa plástica *Cuevas de Criptana* (1949), *Calle de Criptana* (1958), *Canal de Venecia* (1966), al igual que los excelentes bodegones *Mesa de taller* (1976) y *Otero desde el molino* (1992), lo hacía de un mundo que estaba tan fuera como dentro de él.

En los retratos de *Niño con azada* (1949) y *Joven con sombrero* (1959), que adivinamos fieles a los efigiados, el carácter de la pincelada, el sentimiento que mueve el pincel y el espíritu que anima las criaturas que surgen de la mano del artista emparentan estas obras, al igual que paisajes, vistas urbanas y bodegones, con autorretratos como el de 1966. Los que conocemos a Isidro Antequera podemos comprobar hasta qué punto es él mismo en este auto-retrato. Se diría que está en el lienzo lo que sabe de él e incluso lo que desconoce. Creo, en verdad, que siempre ha de ser así en los mejores autorretratos. Porque cuando los ejecuta, el pintor se ve tanto desde fuera como por dentro, y salen cosas de niveles muy profundos que permanecían ocultas. Que todo eso se convierta en certera y buena pintura es cosa tanto de la mente que percibe, incluso a nivel inconsciente, como de la mano, de la sabiduría del oficio y del sentimiento y la sensibilidad, como en este magnífico ejemplo.

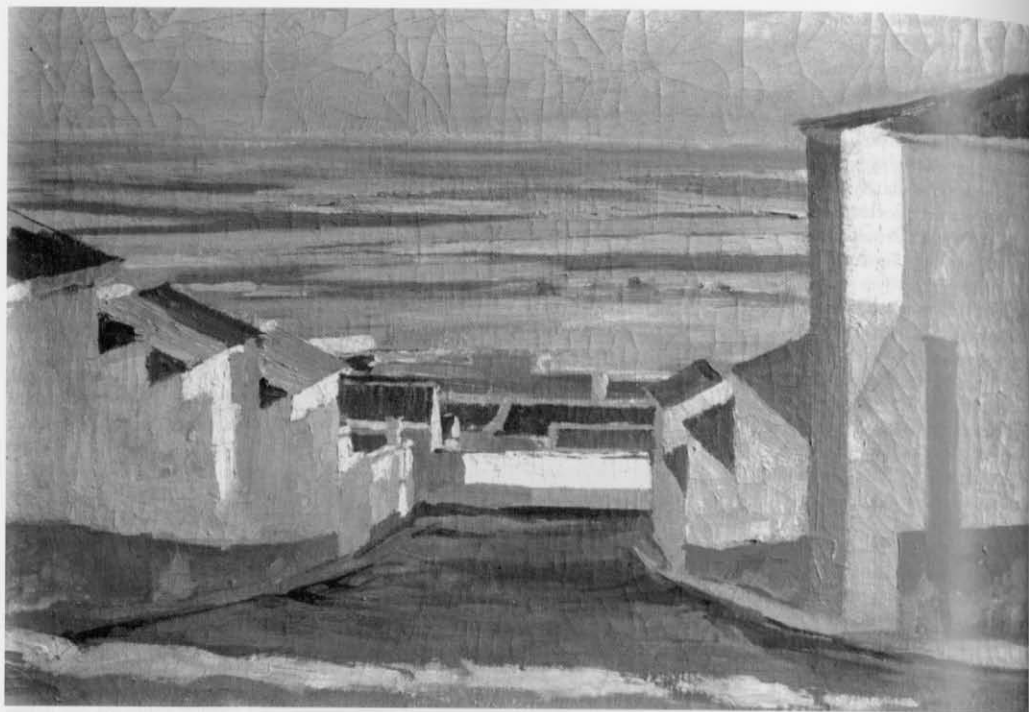
Hay otro tipo de figuras. Retratos que no son decididamente retratos, como el de *Joven con sombrero* (1959), que, además de anónimos, son genéricos: de gente, interesante por una razón u otra, escogidos como se pueden escoger unas manzanas para un bodegón o el rincón de un patio: todo está vivo y ningún ser es más importante que otro. Las figuras pueden formar grupos, donde el carácter individual se disuelve. En *Sol del oeste*, de 1987, con los ancianos sen-

tados en un banco al aire libre. En *Idilio* (1960), los enamorados revelan su personalidad: él, entregado y solícito; ella, como ausente, con una mirada un tanto perdida e indescifrable como la de la *Gioconda*.

Deseo detenerme en un bodegón de su última época que me parece especialmente interesante: el citado *Otero desde el molino*, de 1992. Su plástica es gustosa, hondamente sentida, de una sensualidad depurada, pero intensa. Las pinceladas son largas, arrastradas con deleite. Los ocres, el rojo, los castaños agrisados, el blanco, no se mezclan: contrastan, pero se funden en otro plano. El campo enmarcado por la ventana nos ofrece el tema del cuadro dentro del cuadro, de tanta tradición en la pintura. Se establecen dos planos: uno próximo, inmediato, y otro lejano, relacionados íntimamente entre sí.

Paisaje propiamente dicho, en el que nos detendremos, tomándolo como ejemplo, es el titulado *Calle de Criptana*, de 1958. De paso volvemos de donde, en realidad, no hemos salido: del lugar donde Isidro Antequera ha vivido básicamente, aunque haya viajado, residiendo en Italia un tiempo y reparta su tiempo entre Criptana y Madrid. Se trata de una vista típica de este hermoso pueblo. Unas casas tradicionales en unas calles empinadas, con un fondo del campo manchego característico: sin casas, sin árboles, vacío y, también, radical en su natural despojamiento.

Criptana constituye una atalaya. Una altura como la que escogió el pintor en este caso es ya mucha altura en gran parte de esta tierra. El primer término lo ocupan las primeras casas que se ven, y, según profundiza la vista, la calle continúa, con sus casas blancas, sus tejados, sobre los que destacan unas bandas azules, acaso para que resalten más esos blancos matizados y los tonos tostados de las tejas. Y al fondo, el campo, sin más límite que el del horizonte, de ocres, otros tonos tostados y un azul del fondo que parece el del mar, prolongación del mar que es esta llanura. Y todo lo ha sabido ver con tanta sensación de verdad porque lo siente profundamente este excelente creador plástico, de sólida y ejemplar trayectoria, que es Isidro Antequera. ■



"Calle de Criptana" 1958. Oleo sobre lienzo 38x46 cms.



"Joven con sombrero" 1959. Oleo sobre lienzo 81x60 cms.

Grupo de Estudios
de Castilla-La Mancha